

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante*.

Este número 46 es una antología de Armando Romero, seleccionada por él para esta colección, con el título: *El árbol digital y otros poemas*.



N.º 46

*El árbol digital y
otros poemas*



Armando Romero

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2009

ISBN 978-958-710-

© ARMANDO ROMERO, 2009

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2009

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Fax 342 4948

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Abril de 2009

Ilustración de carátula

El ave costelada, por Mario Abreu, óleo sobre tela 130 x 130 cm.,
1955, Colección Banco Central de Venezuela

Diseño de carátula y composición

Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Ladiprint Editorial Ltda.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza
Rector

Miguel Méndez Camacho
*Decano de la Facultad de
Comunicación Social-Periodismo*

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

CONTENIDO

Flores de uranio [7], El día que se estrelló el mar [8],
Cuando no pudo decir [9], El aguacero edificable [10],
Razón de curva y hueco [12], La noche regresó
a mi bolsillo [13], Mis fantasmas [15],
El árbol digital [17], Del aire a la mano [19],
Alquimia del fuego inútil [21], Las dos palabras [22]
Vagabundo [23], Las piedras [24], Nostalgia [26],
Cumbia [27], Brisa [28], Viajera [30],
Puesto a recordar [32], Testigo del tiempo [33],
Mi ciudad [34], Cara a cara [35], Un pastor loco [36],
Fabricar una orilla [37], Akrotiri [38], Nada de mujer,
hembra o animal femenino [39], Diálogo [41],
La cena [42], El sucio [43], Diferencias [44],
Pálidos monjes [45], La otra vida [46], En Lavra [47],
Al parecer de la huida [48], Los cuervos [49],
Poema de otoño [50], La vecindad de las aguas [51],
Jugador de manos [52], La risa de Dios [53],
Detener la historia [54], Círculo de los cuerpos [55],
Leo León, Leo Le Gris [56], No [57], Constructor [58],
De los trenes [59], De los asesinos [61],
Mi infancia [63], La tía Chinca [64],
Azúcar en los labios [65], Valparaíso [66],
Quito [67], Strip-tease [68], Espina [69],
Humboldt estuvo aquí [70], Anfibia [71], Jurunga la
cueva [72], Encuentro con Maqroll en Rodas [73]

FLORES DE URANIO

Llegaron los tres al mismo sitio
Pidieron espumeantes bebidas
Saludaron a la amable concurrencia

Llegaron los tres a la misma mesa
Tomaron humeantes pociones
No conocían a nadie
No estaban incómodos

Y he aquí
Que cuando los tres se encaramaron
Sobre la cornisa
Sobre la ventana
Sobre el agujero
La mujer de la cantina dijo no se asusten que ellos
eran una nueva flor traída de Oriente

Pero cuando descendieron y mataron a toda la
[concurrencia
Ella dijo antes de morir que no había nada que temer
Que se había equivocado de jardín
Que se había equivocado de flor
Y que en vez de traer flores de Buda
Había traído flores de Uranio

EL DÍA QUE SE ESTRELLÓ EL MAR

Me he detenido repentinamente
En el sitio donde se estrelló el mar
Lo he visto triste y reclinado
Introduciendo un pedazo de arena
En la última de sus cavidades articulares
Una pesada polea acciona los destrozos
Un ingeniero agita sus manos dirigiendo la empresa,
–Creo que va a volar
Vuela
Se pierde–
El mar se estrelló ayer por la tarde a la 1 y 15
Me dice José el Periodista
Luego agrega
¿Quieres comprobarlo?
Está bien
Toma tus manos
Llénalas de agua
Lo verás sangrar

CUANDO NO PUDO DECIR

Cuando no pudo decir que lo habían colgado
Cuando su suicidio se hizo imposible
Cuando las calles y las carreras se le volvieron
[incontrolables
Cuando Acuario derramó sus peces sobre la
[calzada
Cuando la Tierra y la Luna se encontraron en su
[cabeza

El
Se marchó por el fondo
Como quien va a orinar

EL AGUACERO EDIFICABLE

La música cambia nuestras paredes.
Las retuerce hacia dentro
–contracciones de luz–.
Se desmide por las extremidades de las sillas,
y se saluda a sí misma
Dando el tiro de gracias,
con trompeta

(Sí, Armstrong, tienes razón, hizo la noche demasiado larga, nos dio vida con amor)

Trompeta que lleva la cuerda de mi cabeza,
que se desgrana en este momento
para hablar
des-cuidadamente
con el balanceíto aquél.

(Ray, llévanos con tu vara ciega por la Zona Peligrosa de la Mente y sorpréndenos otra vez)

–Nena yo lo oigo por ti,
caigo como un cigarrillo en mis manos
encendidas.
Se dice que estoy en trance
como si estuviera entrando a tu guarida–

*(I'm walking through heaven with you, repitió
Jimmie, con los pies listos a danzar)*

(Todavía predicas como un sermonero, Bubber)

Se la traga entera
el que no crea
que estoy chiflando melodía
con Thelonius Monk
y Charlie Parker,
y todos los muchachos que vinieron
esta noche a mi habitación
con la cuenta del alumbrado
como serenata

What do you say?

Silencio

Ellos cantan

RAZÓN DE CURVA Y HUECO

Hemos comprendido

Que

El aire

No sólo existe

En

El aire

Y

Que

Es necesario

Buscarlo

Debajo

De

La cama

LA NOCHE REGRESÓ A MI BOLSILLO

Extrañas mañanas ha repartido el lechero

Las sábanas, las cobijas, caen pesadamente por el suelo

Los sueños y las pesadillas huyen con sus carcajadas de aves submarinas

Los ojos acostumbran la claridad reconociendo huellas olvidadas por ángeles guardianes

—Alguien amanecerá limpiándose los huesos con su larga lengua de cristal—

Extrañas mañanas ha repartido el lechero

Los overoles, las camisas, caen desde las altas alambradas a las calles

La luna ya no muerde a nadie

Han desfilado los buses, los automóviles. Se han perdido las esquinas

Alguien irá diciendo: No hay día tan peligroso que me atrape besando tus manos

Extrañas mañanas ha repartido el lechero

Las flores chupan el agua helada con sus poderosos
pitillos perfumados
En la cama el cuchillo busca más y más la profun-
didad de su pecho
El duerme. Feliz
La madre detuvo al recién nacido para decirle:

Destrozarás el mundo con tus pequeños garfiecitos
y el mundo estará todo arañado y pasará gritando

Extrañas mañanas ha repartido el lechero

Se devoran una a una las bocas que aburren y hastían
Sobre la mesa el libro azul que se abre en el sitio
de las impudicias
El duerme. Feliz
Alguien frente al espejo dirá: Sabes que estoy
aquí, que tengo conciencia de lo que me pasa y
no me lo perdonas

Los anteojos van a estrellarse contra la ventana
El lápiz labial que ayer se derretía sobre la acera
es hoy una mancha de sangre sobre el asfalto

Extrañas mañanas ha repartido el lechero

MIS FANTASMAS

Iba a hablar de mis
fantasmas. . .
pero
¿cómo puedo
hablar de mis
fantasmas
si no los
he visto todavía?
Se enreda la sombra
por la trepadora de
mi boca
y me quedo largo tiempo
asomado al infinito
como el perro al cuadro
vacío de la ventana
y sé
que pilas de
fantasmas
podrán brotar de
un momento a otro
como manantial
a su arroyo
y que
a pesar de todo

yo que canto
no podré hablar de mis
fantasmas
sin haberlos visto
todavía

EL ÁRBOL DIGITAL

Era un hombre al que le habían enterrado
Su mano derecha
Pasaba sus días metido en una pieza vacía
Donde se sentaba
Los pies
Contra el ángulo superior de la ventana
Y su mano izquierda sosteniendo
Un ojo de buey
Por el cual los rinocerontes
Ensartaban su cuerno
Y hacían brillar su corteza metálica

Le había dado por ser poeta
Y se pasaba todo el tiempo
Hablando de la guerra
De tal manera
Que había descuidado su mano derecha
Esta creció lenta y furiosamente
Y sin que él se diera cuenta
Atravesó el mundo de lado a lado

Cuando los niños de la parte norte de Sumatra
Vieron aparecer un árbol sin hojas y sin frutos
Corrieron espantados a llamar a sus padres
Estos vinieron con sus gruesas espadas
Y cortaron el árbol de raíz
Un líquido blanco lechoso
Salió de la corteza tronchada

Desde ese entonces
El hombre como un poeta
Siente un dolor terrible
Agudo
En un sitio del cuerpo que no puede determinar

DEL AIRE A LA MANO

*Cada vez que lo lanza
cae, justo,
en el centro del mundo.*
OCTAVIO PAZ

Se envolvía lentamente de manera que la cuerda
No quedara una sobre otra a cada vuelta.

En la mano el trompo
Quedaba contra la curvatura
De los cuatro dedos largos,
Mientras el pulgar lo sostenía por fuera.
Un extremo de la cuerda anudado al dedo central.

Se miraba.
Los nervios tensos.
Y se lanzaba al aire,
En tal forma que cuando iba llegando al suelo,
Un leve tirón a la cuerda lo hacía retroceder
De nuevo a la mano.

Todos los miraban
Y había orgullo del bueno en su porte.
Con él en la mano, girando.

Nunca lo logré. Tiré una y otra vez
Pero en vano.

¿Podré escribir este poema?

Hay una solución para cada respuesta.
Es cierto.
Pero nunca pude tirarlo del aire a la mano.
Y es todo.

ALQUIMIA DEL FUEGO INÚTIL

En el horno de piedra
Donde el fuego brota
Hay silencio

Las figuras que surgen
Tienen el idioma universal
Del fuego y de la piedra

Cambian sus palabras como gritos de colores

Aman y desaparecen
A primera vista
Crean y destruyen
Al aleteo de los ojos

Nunca se encuentra dos veces la misma forma

En el fuego En el silencio En la piedra
Hay algo que llamea
Que no es el fuego
Hay algo que canta
Que no es el silencio
Hay algo que se endurece
Que no es la piedra

LAS DOS PALABRAS

Un Monte es un Monje parado sobre su cabeza
Un Monje es un Monte sentado sobre sus pies

Monte y Monje son la misma cosa

El Monte con su cabellera de fuente de lodo
El Monje como un siluro dando coletazos al aire
No hay un Monte que no haya cabalgado
Sobre un Monje
No hay un Monje que no haya arrancado
De raíces un Monte

Los Monjes se dan silvestres
Oran como relojes de péndulo
A garrotazos
Silvosos como una misa en la calle pelada

Un Monte que grita
Es un Monte que calla

El Monje corta el Monte con una cuchilla
El Monte desgarrar el Monje con un serrucho

Hay que hablar bien para que todo quede claro

VAGABUNDO

Con la cabeza a pájaros
Ruedo por el mundo
Y así consigo el doble cielo
De la hoja y su contorno

No detengo mi camino
Cuando en el mar
Se perfilan los obenques

De contrario sigo
Y mis pies se llevan huellas
De la arena

Es el viento entonces
Tan metido en la piel
Y en los cabellos

Es el jugo de las frutas
Al abrirse eterno
El paraíso de su carne

Con la cabeza a pájaros
Ruedo por el mundo

LAS PIEDRAS

*Las piedras ...siguen hablando a
los que las escuchan.*

ANDRE BRETON

No eran camino largo o encrucijada
huellas de senderos que se van a pasos
eran luz desde el canto de la tierra
polvo vuelto a más y detenido

El sol las ve hasta el corazón escrito
sabe que precisan su historia a todo momento
y en la fila de agua que marca su salida
ellas son el color y la sustancia

Sus formas muerden al mundo para sembrarlo
y lo cargan del placer de las imágenes
al ser pájaros en el nudo de la planta
cielo y nube en amor estacionario

No dejan allí su barro sino el misterio
de por cuando vienen las cosas y los murmullos
y pintan una flor de auxilios por el suelo
en esa su piel azotada de silencios

A meterse entre los ojos dicen
y ya son caballo inmóvil sobre el desierto
mirada fija en el círculo del valle
reflejo y desnudez del indicio de los tiempos

En el mar de su búsqueda desciende
como inútil la pregunta y la respuesta
así en ellas se graba el signo que estremece
y permite leer todo el comienzo

NOSTALGIA

Hay un alejado ángel
Del chorro primero y abundante

Sus alas de velos de color
De fuego
Niegan aguas y ondas

Se mece en hoja de talco
Y es lento como si comprendiera
El infinito diálogo de los espejos

En sus ojos
A flor de agua o a raíz de aire
La rama de un carbonero
Se humedece

Luego vendrá a su cuerpo
La nostalgia
Como hilos ligeros que flotan
En la atmósfera
Por las tardes de otoño

CUMBIA

La escaramuza de los timbales
Altera quevedos y cadencias
Convierte imagen de mariposa
En polvo simple o sortilegio

Los cuerpos en la danza
Arrebatan selva al espíritu
Y precipitan el paso que
Los devuelve a lo desconocido

Más acá el ave llena de la luna
Los encuentra de ojos vigilantes
Sobre la maraña del camino
Que siempre es fin y principio

El ascenso de las flautas orea
Como las sábanas desde el patio
Y ellas allá en la noche se desnudan
A vela y tierra transformadas

Si hay paz no es guerra
Sólo el zumbido de las palmas
Y la noche es la danza que se baila
Y el día es aquella que se sueña

BRISA

El sólo movimiento de una hoja en el limonero
puso en actividad toda la casa.

A ras de suelo un leve humo disipó sus sombras,
y dejó al descubierto el dulce ladrillo de los
antepasados.

El antiguo fantasmero de caoba fue puras risas
entrecortadas y pasos blandos como guantes.

Las vigas en el techo y el soporte de las arañas
temblaron como una trapecista en celo de
tendones.

—Apagada estaba ya la vela en el altar contra el
rincón y no se movía—

Al borde y al centro de una pantalla de adobe
había ahora puertas y ventanas en vaivenes
de secos golpes y monótonos.

Paso tuvo el sol que quedaba restando y sumando
por los postigos y los portillos.

En la fragilidad de sus lazos y la corredera del
hilambre la hamaca dijo sí o dijo no.

Corrió veloz la mariposa única hasta el escaño
deshuesado y sólido que esperaba en el corredor.

Y desde allí la ahumada cocina hizo leve muestreo
de rescoldos y cenizas.
Viejas ollas en depósito de sentencias y perfumes.
Desierto de áridos granos y legumbres florecidas.
Leña ya en el musgo y el renacimiento de las
parásitas.
Tardo hueco del fogón y su encanto.
Platos y tazas desportillados por un constante
repique de los usos.
Pocillos en la pared como una interrogación
colgando.
Por el patio donde se desvanecía el acento trinitario
y el punto aparte de las gallinas,
caminó como un murmullo que no era sino roce
y frotación de pieles desnudas por la hierba.
El cielo se sostenía en un meridiano preciso que
era una nube gris y muchas blancas más azul.
Fue sólo un múltiple movimiento de pies
como las hojas cortadas del plátano.
Un sólo movimiento en esa tarde.
Pero al detenerse el limonero,
todo en aquel sitio continuó como antes.

VIAJERA

En cuanto a los árboles
Tiene cabellos como batidora de plantas
Sube en sogas por la miel de las raíces
Y en la punta de las hojas es cristal de agua

En cuanto a las noches
Camina por el añil en fondo
Dejando humo y sonido como vapor de fuego
Chispa de seno en curva adolescente

Es amor de múltiples amantes
Trigo en aire de inigualado desenfreno
Astilla firme en el corazón de los pájaros
Óvulo centro que esperma y desaparece

Hada en techos de zinc y asbesto
Muévase como trepadora en cruz sobre la rama
Precisa como gotera a medianoche
Da paso a un nuevo ruido

Esperándola estamos los hombres de la tribu
En la danza de abeja con olor a signo
Callados a la espera de palabras
Es a nosotros su más certero desafío

Mírala venir de ella en agua
Mírala caminar de ella en árbol
Mírala flotar de ella en noche
Mírala partir de ella en pájaro

PUESTO A RECORDAR

Puesto a recordar se extendió
un mar sobre su pluma
y condensó las palabras
como piedras en la playa.
Sentado allí empezó a golpearlas
unas contra otras
y en las esquirlas que saltaron
vio rostros y esas locas cabelleras.
No pudo, entonces, detener el
desencadenamiento de estallidos
y se lanzó al agua con los cielos
por infinito.
Los recuerdos
hicieron de la página
un remolino.

TESTIGO DEL TIEMPO

Son testigo del tiempo
las raíces que siembra la infancia
en el rostro de los que amamos.
Un pedazo de piñata atrapa al sol
con sus festones y el cielo presuroso
viene a darnos la respuesta:
No somos ya los otros que se fueron
plenos de horizontes por el follaje.
En aquel entonces, la infancia le daba
ventaja al tiempo y le ganaba

MI CIUDAD

Tal vez si de polvo y arcilla
se volviera a construir la calle,
si de arena y piedra
se reflejara del sol la luz que asciende,
yo volvería a encontrar la palabra luna
de esta mi ciudad de viento.

No puedo olvidar que me detuve
en medio de las ruinas de lo que ya era
una multitud de enigmas indescifrables,
y allí solté en canto
lo que se iba en sueño,
salté las piedras
de lo que fue tiempo.

Tengo clara memoria
de estar allí
con el amargo de los días idos
entre los dedos:
Paso de a paso entre fragmentos

CARA A CARA

A Constanza

Y si aquella mañana me levanté
bien temprano
y a pedirle el olvido fui a las piedras,
y si el río tan vigilante atrás me fue dejando
y si un aroma de viejas memorias se deshizo
por los meandros,
no pude, sin embargo, echar en saco roto
los sueños que se tostaron
en el brasero de la cocina,
ni sacarme de encima el ruido de las borrascas
por el abovedado,
tampoco fue posible decirle adiós
a la niña de ojos de gato,
ni a ese explorador de lo nunca visto,
empecinado en plantarse por el patio

UN PASTOR LOCO

A Themis Speis

En ese pueblo perdido en la montañas
de Ikaria
vi un hombre
–Un pastor loco dicen que era–
prendido al icono del solo rostro
y sentí que en sus ojos
todo límite era mentira
que al no estar hecho
de llegar y partir
sólo de permanencia hablaba
como una imagen fugaz
que al olvido eliminó
de repente

FABRICAR UNA ORILLA

A Taki Vassilaros

Habiendo encontrado la manera
de fabricar una orilla
se hicieron todas.
¿Qué pensar de las piedras
que demolieron a fuerza de diente y paciencia,
qué decir de ese viento que desde las noches
barrió el aire y sembró el polvo;
qué hablar,
qué argüir,
de aquel mar que pidió reposo
en lo más alto de la cumbre?
A algunos nos había quedado como respuesta
la inmensa pregunta
que se pierde tierra adentro.
Sin memoria
le dimos a lo real
la vastedad por infinito,
y exentos de fe le tiramos unos olivos
para plantar los espejismos.
Mas ahora
yo que todo lo pienso me pregunto:
¿No hay de este mar un extremo al laberinto,
no hay de esta orilla también
un signo que se cierra?

AKROTIRI

De pura ceniza hasta los tobillos
vi la antigua ciudad en ruinas,
Akrotiri,
allí encaramada a lo alto del risco
de esta media luna como isla.
No toqué a ninguna puerta
porque mis dedos se disolvían en el polvo;
no vino tampoco ningún auriga a transportarme
hasta el mercado de peces.
Un vino seco al fondo de las botijas en fila
irisaba viajes y fiestas.
Apaleado por el calor
me senté en una piedra.
Desde allí vi el pequeño agujero
de una ventana sobre un cuarto.
Las paredes deberían estar cubiertas
de esos frescos inimitables.
Un sabor de agua clara
correría por los labios.
En esa habitación ella y él
debieron hacer el amor, este día.
Algo como lo eterno
tiene también el color de la ceniza.

NADA DE MUJER, HEMBRA O ANIMAL FEMENINO

De aquí en adelante ya no habrá más mujeres.
Se levanta el puente sobre la cubierta y ellas allá,
a la distancia, saludando.
No habrá de ellas más presencia, tal vez
una llamada por teléfono, una postal para enviar
desde Daphni.
No estarán sus vestidos como banderas
columpiándose en las alambradas.
Ni el roce de un perfume contra la tarde.
Nadie llevará *rouge* en los labios, el pelo suelto
contra la espalda.
El monte Athos enhiesto será todo Zeus
mas no Venus.
Las caderas serán estrechas y el grito de un niño
la ilusión de un pájaro o un cerdo pequeño.
Habrá peces sí pero no el espejo de sus pieles.
Por los corredores de los monasterios no repicará
el taconeo de sus zapatos.
Ausencia habrá de cierto orden, la infame
disciplina que conllevan.
No habrá el silencio que viene con su silencio,
ni alegría, ni rabia, ni tormento.

Narra la historia que un icono de la Virgen, furioso, le incriminó a la emperatriz Pulcheria cuando visitaba el monasterio de Vatopedi:

“No sigas adelante, en este lugar hay otra Reina y no eres tú.”

Nada de mujer, hembra o animal femenino caminará entonces por veredas, montes o el cuartel de los monjes alucinados.

[Cierto es que en Pantocrátoras vi gallinas precedidas de polluelos y en Docheiariou maullaban gatas por los gatos].

“Sólo con la divinidad es la cópula permitida”, decía el monje Palamás con su acento de Oxford.

“Sólo en la noche la oración bendice las almas”, decía el eremita de Santa Ana.

“El sucio”, un aprendiz de monje que a todo huele a la distancia, ríe en su griego de entredientes y al monje mayor sirve: “No hubo ni habrá mujeres en este santuario”, dice.

¿Y cómo sería si ellas vinieran y lo limpiaran todo?, nos preguntamos.

No ver mujeres por días y ya ahí mismo nos hacen falta.

No aquí, decidimos.

Dejemos esto para saber que existen, y que por ellas existimos.

Lo mismo estos monjes que las ven a la distancia.

DIÁLOGO

Dos monjes hablan en la noche.

Una voz clara, golpeante,
deja que las vocales se desprendan
gota a gota.

Una voz de tierra, acechante,
se escurre por entre las brumas.

Una voz salpica las paredes
con salmos como lanzas.

Una voz acelera su ir de tropel confuso.

Una voz de consonantes
dice su última palabra.

Una voz de susurros espera, incrédula.

Una voz hace alto, altanero, su momento.

Una voz es una pantera.

Una voz es un silencio.

LA CENA

Al campanazo de la cena corren los monjes,
levantados los hábitos como el apetito.

Corremos nosotros azuzados por el hambre
y un monje parlanchín.

El refectorio de bancos y mesas de madera
labrada por los años,

resuena al tiro de los platos de peltre.

Rápido entra el abad precedido de su corte.

Bendice la sopa mientras el monje al turno
de leer las escrituras vuela al púlpito.

Lee el monje a borbotones griegos sus salmos
al compás de los gestos del abad comiendo,
devorando.

Y como un coro de violines que resuenan
como sordas campanas,

los brazos, las manos y las cucharas de los
monjes lo acompañan.

De pronto todo es quietud y silencio.

El abad ha decidido terminar de comer.

“Todo el mundo debe salir, dice un viejo monje
con la vista puesta en nuestros platos llenos,
la cena ha terminado”.

En la noche del monasterio el hambre acompaña
el peregrinar del espíritu.

EL SUCIO

Voy a decir que “el sucio” no era un acólito
hecho de polvo y en polvo convertido,
sino adobado por la mugre y los excrementos.
En su rostro se veían negras vetas de sudor
petrificado en la frente y las mejillas,
y sus manos eran largas garras oscuras.
El pelo de erizo estaba macerado por resinas
y grasas pestilentes,
el hábito de negro rechinante endurecido en
capas espesas e inmundas.
Manchosos de amarillo verdoso
los dientes cariados,
roñosa la barba.
Mugroso era “el sucio”
que espantaba moscas y cristianos
al sólo levantar el brazo.
Su aliento, su olor todo,
era un escudo contra los intrusos
cuando no era fatalmente homicida.
Atendía “el sucio” la máxima de San Jerónimo:
“No necesita lavarse de nuevo,
aquél que una vez fue lavado en Cristo”.

DIFERENCIAS

Debe haber otra felicidad
en el gesto que acompaña
al monje tañendo la viga
de la oración.

Debe haber otra tristeza también
para el taciturno que recoge
los platos en el refectorio.

Una felicidad como agujas de lluvia.

Una tristeza como trapos al sol.

PÁLIDOS MONJES

Pálidos monjes vuelven a martillar.

Pasan clavos, plantan travesaños,

prontos al serrucho,

prendiendo tejas y techos al monasterio.

El sol arde por la media luna de sus mejillas

y saca a relucir el negro en negro

de sus barbas.

Infatigables constructores de lo construido,

vuelven a edificar lo deificado por los años

y la destrucción.

De incendios, plagas, turcos, piratas, ladrones,

abandono, insectos, olvido, es la marca

sobre las ruinas.

Indomables levantan torres y cúpulas

con tablas y tablones que ocultarán

de la voracidad de los elementos el halo

sagrado de iconos y reliquias.

De la noche del tiempo al día de los orígenes

nidifican entre peñascos.

Pálidos monjes a la tarea inmensa entre siglos

parten en astillas el azul que recortan por el cielo,

y es allá arriba donde estarán más alto que lo alto

que dijo Dios a construir.

Pálidos monjes soberbios.

Pálidos monjes que a dos manos detienen el tiempo.

Pálidos monjes que develan otra cara a la derrota.

LA OTRA VIDA

¿Qué habrá tirado al mar ese monje que
en el malecón espera la llegada del barco?
De su madre una mirada a los cielos;
de su padre la necesidad de verlo entre plantas
y animales;
de su novia por entre las piedras la sonrisa
detenida al atardecer;
de sus amigos el juego de piratas por
balcones y corredores;
y todo el dolor,
el dolor de eso que se llama la otra vida,
el ser de los desperdicios.

EN LAVRA

El monje existe para orar.

De la mañana a la noche

la palabra lo engaña.

De la noche a la mañana

lo ilumina.

¿Cuál es esa palabra sin sonido

que le avienta las apariencias?

¿Cuál es aquella que le revela

lo divino?

Es la misma que ahora y en la hora

lo eleva en la escala de Jacob.

Es la misma que el demonio

le entierra a Lázaro con un tridente

por la boca.

No es para enseñar, trabajar, escribir,

hacer el bien, estudiar,

que existe el monje.

Es para orar.

Para labrar en Lavra

la palabra.

Y en otras partes también.

AL PARECER DE LA HUIDA

Huye de la ciudad que no se queda en las uñas;
de la ciudad que duerme sin ruido y esconde
un cuchillo debajo de la almohada;
corazón en blanco y negro
como bandera al agite de los carros;
escapa de la belleza de sus días,
del terciopelo en las tardes;
dile al guardia que no han florecido
los geranios ni los tulipanes;
lanza tu risa de aguja fina por los callejones,
y huye, huye para huir
de la bocina sin aliento que aceita la máquina;
del polvo rucio que se pega a los zapatos;
del viento que pasea los semáforos;
tírate avenida abajo y arriba al pie de las
locomotoras, de las hélices, de la bencina.

Huye de la ciudad que hace llorar ojos
sin reír el alma.

Huye y huye
hasta que huir sea sentido de recuerdo,
y allá, al borde de los desaguaderos,
espera que vuelva hacia ti,
para seguir huyendo.

LOS CUERVOS

De una estética a la otra
han pasado hoy los cuervos
por mi jardín.

Envueltos de negro
picotean semillas
entre la hierba.

Quisiera desarmarlos
como hizo Poe un día.

Pero al alzar la mano
con mi pluma lista
a volar se lanzan
por entre los árboles.

Esta imagen fugaz
es lo que resta.

POEMA DE OTOÑO

No dos pasos
da el otoño
cuando ya las mariposas
vuelan
a otro dónde
que desconocemos.

Sin gracia
las hojas las imitan
dándole más ruido
al viento.

LA VECINDAD DE LAS AGUAS

A Pedro Lastra

He vuelto a los pequeños bosques
al lado del río
para sentir el silencio
que se ahonda en sus orillas.
No deben quebrarlo los pájaros
que buscan lombrices en el barro,
ni los troncos que se apilan
entre sus recodos.
Una que otra lata de cerveza
insiste contracorriente;
uno que otro desperdicio
se resuelve en remolino.
Todo es mínimo
en la inmensidad de las aguas
como en los ojos de un niño.
Todo estalla con ese ruido
que el río lleva en sus adentros.
No es sólo del bosque y el río
lo que tiene que ser silencio.

JUGADOR DE MANOS

A Constanza

Hay algo que vendría a ser el mar
cuando abren los brazos el vacío.
Traería conchas y moluscos
en un galope de olas y espuma.

Dejaría peces entre los libros,
bellas sirenas salpicadas de deseos,
crustáceos en el desliz de las cortinas,
un escamoso monstruo a los bostezos.

Si el mar fuera el sol de la tarde
lograría de las ardillas el espanto
en el patio y los topos
de caballitos del diablo a hipocampos.

Pero si el mar cayera como la nieve
que hoy veo tras la ventana,
abriría los brazos al vacío
para irme contigo
de una y todas
navegando.

LA RISA DE DIOS

A Carlos Gutiérrez

Dice Quevedo que de tiempo en tiempo
Dios viene a reírse con nosotros.
Planta su boca abierta contra los malvados,
y deja alegría en las penas de los inocentes.

No habla el poeta de truenos y tempestades
cuando es hora de su presencia,
o si al oír la recogeremos el eco
que despierta el cencerro de los dientes.

Ya sea en arameo, griego, latino o hebreo,
su cadencia debería respirar como los cometas,
alambicarse de vapores en las estrellas
y untar de todo gozo el universo.

Dado es que esperemos en silencio
que un día llegue hasta nosotros,
y rogar que sus lapsos no sean eternos
como los hilos invisibles de nuestra paciencia.

DETENER LA HISTORIA

A Alfonso

El emperador de turno se ha levantado
hoy de su catre imperial
a detener la historia con la manos,
con los pies.
Así lo hace a diario pues ésa es su misión.
Lo fue de sus antepasados,
lo será de sus herederos.
Extraña realidad y trabajo para este hombre
por un rato omnipotente:
La historia empujó con fuerza antes
y ahora esta cansada,
como piedra en el camino.
Pero el emperador de turno no quiere
que retroceda ni se dé por vencida,
porque su misión es detenerla.
Sin ella él tampoco tendría presente o futuro.
Cada mañana el emperador de turno
sonríe y hace gestos de gozo
frente a la multitud adherida al televisor,
mientras la historia detenida se lamenta,
y haciendo un esfuerzo, puja,
atendiendo el clamor de sus intestinos.

CÍRCULO DE LOS CUERPOS

Dije hay que vivir hasta que de la pasión
salte el silencio

Respondió que el alborozo de los cuerpos
limpia con luz las mañanas

Dije hay que soñar que vamos
en el mismo espacio
que empujamos con los dedos

Respondió que la realidad de los cuerpos
está más cerca que el sueño

Dije hay que volar con las piernas
entre las manos

Respondió que no hay límite en la
conjugación líquida de los cuerpos

Dije que allí mismo la amaba
hasta el hartazgo

Respondió con una sonrisa anudada
a nuestros cuerpos

LEO LEÓN, LEO LE GRIS

A Eduardo Espina

Truena la lírica canción
Al llamar sonidos y ahuyentar palabras

Rezonga con ruido de piedras y cristales
Al cincelar el poema

Palo contra palo
Zumba y retumba
En el plantar de los versos

Paspa y parte la imagen
Que de apotegma a hipotenusa
Enseña los dientes

Ruge hasta estremecer de sentidos
La forma sinrazón de los acentos

Truena la lírica canción
Al reventar de blanco
El revés de la página

Truena la lírica canción
Celebrando el siglo
Por ir y venir del poeta

NO

No para cerrar la puerta

viene el viento;

No para tirar la moneda a la fuente

viene la mano;

No para bajar por las calles

viene la lluvia;

No para el aire sucio

viene el cielo;

No para un adiós en la esquina

viene el poema.

CONSTRUCTOR

A Jaime García Maffla

Es necesario que diga cómo construí el mundo. Con la tijera mi madre había ido cortando esas trizas de verde que yo plantaba: árboles de una selva que la suerte podía desflorar de un manotazo. Hacer una cascada no era el problema sino el brillo que la consumía. Como ríos navegaba el papel de estaño de los cigarrillos y con el cartón de las cajas se levantaban cerros que el dedo hurgaba en busca de cavernas para las hormigas. Las casas tenían manos como banderas desde las ventanas. Había puesto musgo y epífitas como borrones de tinta entre los campos, y en el cielo ese sol que era el bombillo de la sala. Así construí el mundo que podía recorrer de un solo paso, acariciar con la mirada desde mi cuarto. Así pude vencer el estremecimiento y dar aviso de lobo a los pastores que lo poblaban con sus ovejas de palo.

DE LOS TRENES

A Diana

I

De otra cosa no podíamos hablar sino del tren que por el cañón del Dagua nos llevaba hasta el mar. Era el tren más largo que sus pasajeros y siempre andaba como fracasando por las cuestas porque el humo era tan rápido que precedía a la locomotora. Sin embargo, al enfilarse por el cañón de ese río profundo airaba sus ruedas con espantosos chirridos, y los pájaros que dormían sobre los durmientes espantaban la yerba con el tropel de sus alas para dar paso al meteoro. En la mañana dejábamos una y otra estación desierta por la lluvia y el calor, y nos enrumbábamos al hueco tentador del mar y su puerto. El fin del viaje era un paisaje de mujeres que desafiando el carbón encendido de la máquina, venían a imponernos silencio con el estrépito de los frutos de sus cabezas.

II

Ya fuera en los escaños de la cocina o en la soledad del portón hablábamos interminablemente del tren y sus pasajeros. Pero la verdad era que no había más que un solo tren y era ése el de los sueños, y nadie nos iba a despertar a la realidad de piedras encadenadas con bejucos. Si queríamos imponer el tren pitábamos con él y con toda el alma por la casa y pronto estábamos en marcha, y el tren viajaba sin tropiezos por la sala y salía del largo túnel del pasillo a la boscosa luz del patio. Viajábamos todo el día tirando carbón a la caldera o repartiendo barriles de leche fría desde el furgón del correo. Por la tarde regresábamos como de otro mundo, bañados por el sol del trópico y con los dedos ennegrecidos por la fricción de las piedras. Habíamos abandonado el tren con su destino al fondo del patio, donde empezaba el mar a cubrir de prisa y óxido sus olas.

DE LOS ASESINOS

A Heriberto Sánchez

I

Los asesinos olían a vaca y tierra aunque de común viajaban en jeeps o en automóviles negros a conciencia. En su niñez compartía con ellos un amor a los tangos que los hacía llorar de emoción cuando él se detenía al borde de sus cantinas a escuchar, perdido en la dulzura mortal de los bandoneones. Su hermano, aterrorizado, le rogaba que siguiera a casa, y ellos sonreían tiernos y cómplices con sus dientes a caballo: el brillo de sus ojos contrastaba eterno con el brillo de sus armas.

II

Del pasto de las fieras también comía su rabia cuando en el desfile de la soledad oía el murmullo de los asesinos. Si era en la noche arrastraban sus pies como si fueran chamizas puestas a barrer el patio; si era en la tarde sólo el sol violento desafiaba la ira de sus armas en la mesa de la cantina. Ganas daban de sacar la cauchera y ponerlos a raya, pero a doble llave su madre lo encerraba cuando, antecito de la cena, el toque de queda dictando la soledad se quedaba.

III

De los sobrevivientes hablaba con H. aquella tarde en Cincinnati y recordamos al obrero blando de algodón en la fábrica de telas, al limpiador de zapatos en la Plaza de Caycedo, a la prostituta sin dientes que se llamaba Divina y tenía una pollera amarilla, y a otros que fueron doctores y abogados con sus tenazas. Nos quedamos en silencio cuando vino de improviso el aullido de los asesinos.

MI INFANCIA

Yo también al desaparecer mi infancia estuve presente. Con un grueso hato de oraciones y un látigo sibiloso se cortó esa calle por donde arrastraba las piedras o buscaba escarabajos. No dijo de azules begonias ni de las otras matas en el patio, se fue como trepando por esa escalera que llevaba al abovedado. Se arrepintió de una mirada furtiva a los senos de la niña vecina y aplastó el cigarrillo contra uno de los postes del alumbrado. Mi infancia ya no estaba allí cuando vino el radiopatrulla a buscarla.

LA TÍA CHINCA

A Antonio Zibara

Nunca hablé de mi tía Chinca por miedo a su silencio. Recuerdo esas largas oleadas de humo que venían desde la última pieza, la que daba al patio, y que eran producto de sus cigarros baratos. Ella los fumaba allí, en lo oscuro, como quien saluda al infinito. No sé cómo era su voz porque nunca me dijo una palabra de rabia ni de cariño. Tengo memoria sí de sus vestidos negros y de sus babuchas gastadas por un caminar de no sé dónde. Nadie me dijo qué hacía mi tía Chinca los domingos o si tuvo amores secretos, pasiones violentas, encuentros fortuitos. ¿Qué hacía mi tía Chinca sentada sola en el patio? Cuando pasaba a mediodía por la sala, donde toda la familia se reunía a oír las canciones de Pedro Infante, mi tía Chinca dejaba una estela de cenizas y escombros como si lentamente se estuviera deshaciendo. Pero nadie lo notaba, o ¿era yo sólo el que descifraba las manchas que dejaba en el espacio? Dicen que murió pequeña, como una torcaza, y que con ella enterraron también su silencio.

AZÚCAR EN LOS LABIOS

Desde la mujer del tendero
hasta Conchita la pelirroja,
y desde Jesús el zapatero
hasta Roberto que dirigía la escuela,
todos, sin excepción, amanecieron
con un terrón de azúcar
en la punta de los labios.
Sin embargo, los únicos en enterarse
de lo sucedido fueron los que se besaron
por la mañana.

VALPARAÍSO

Tal vez tendría una falsa memoria de Valparaíso si no me hubieran sucedido cinco cosas: Primero, en la cima de uno de los cerros dos hombres cargan un piano, y su silueta recortada contra el cielo es la misma música; segundo, en el malecón un pescador se ha quedado dormido con varios peces atravesados en el pecho; tercero, en la plaza Echaurren una prostituta con un hueco en la frente me dice de abandonarlo todo e ir con ella hasta las alturas; cuarto, te busqué por entre los colores de las puertas y el ruido de los funiculares y no estabas; quinto, se fue la noche y vino una mañana de todos los cielos.

QUITO

A Rafael Larrea, in memoriam

Recuerdo que un bárbaro en Asia dijo que ésta era una ciudad con nombre de cuchillo. Algo hiriente y hermoso. Sin embargo, para mí se trata simplemente de una ciudad donde todos enredan las palabras. Las retuercen de tal manera, las envuelven, las estiran, hasta que hacen una masa como de harina blanca. Entonces la empastelan contra las puertas de madera formando extrañas volutas, semicircunferencias, espirales, estrellas, soles en círculos concéntricos, líneas rectas como paralelas de líneas curvas, acentos, serpientes, granos de maíz, ángeles. Luego pasan unos hombres acaballados en unos sombreros altos y negros que pintan de oro estos moldes. De otra manera no puedo imaginármela, ni más allá ni menos acá de estas formas aventadas.

STRIP-TEASE

A veces pienso que la vida lo va desnudando a uno. Yo, por lo menos, me he quedado sin ese zapato que caminó por la avenida séptima de Bogotá una noche salida del interior de un tiempo adelgazado por las esperas; la chaqueta de cuero, de origen dudoso, se despedazó contra el respaldar del bar donde el bohemio infiel empalidecía de aguardiente todas las noches; una camisa que no había pintado Rolf, el alemán, acabó como trapo sucio en un apartamento de Valle Abajo; mis pantalones de vaquero murieron congelados en los páramos de Mérida todavía con la bragueta en perfectas condiciones; un roto de bala en el pecho tenía la camiseta a rayas cuando la perdí de vista en Puerto La Cruz; los pantaloncillos terminaron haciendo cama para Agapi, la gata blanca de Sebucán. Es extraña esta vida que nos desnuda y nos viste de otro, tiempo tras tiempo.

ESPINA

Hay una espina que se ha colocado justo en el sitio donde tengo que sentarme para ir al trabajo. Allí está todos los días, y por más que lo trato, no tengo cómo quitármela. He abandonado, desde luego, el trabajo. Era más importante reflexionar en la espina. Camino diariamente por las calles. y no hago sino reír cuando veo a otros, quienes como yo, ya son muchos, también encontraron una espina donde tenían que sentarse para ir al trabajo.

HUMBOLDT ESTUVO AQUÍ

Hasta esa parte de la cueva labrada por el buril del agua no habían llegado los guácharos. Descendiendo por cuerdas y poleas nos aproximamos al fondo. Buscábamos un rostro igual al nuestro en el cristal de sombras que allá permanecía. Nos sabíamos dignos al encuentro de esa imagen. Al llegar, con las manos todavía enrojecidas por la fricción de las rocas, tuvimos que sentarnos a descansar. El sabor de las profundidades se comía nuestros cuerpos. Poco tiempo después Omar encendió las luces. El alarmante eco de los colores rebotando de pared a recinto a seno sagrado a nuestros cuerpos fue suficiente para tirarnos de lleno a una fascinante geometría. Todos bailábamos felices unidos los rostros y las manos sin saber todavía que el fondo estaba poblado de esos peces blancos y ciegos que también empezaban a danzar.

ANFIBIA

A Oscar Garbisu y Teresa Cacique

De todas las ranas de Caracas la que más me gustaba era la que cantaba en un palo de mangos entre la tercera y la cuarta transversal de Sebucán. Cuando por las mañanas yo bajaba por esa calle con el periódico bajo el brazo hacia mi oficina en la Galería de Arte Nacional, ella estaba silenciosa luego de una noche de algarabía y júbilo. Ahora bien, cuando regresaba, ya entrada la nohecita, desde una cuadra antes podía escuchar su voz inconfundible, plena de esos arrullos y cadencias de sirena en el Egeo. Cantaba como quien se desquita o se desquicia, que para el caso es lo mismo.

JURUNGA LA CUEVA

Noche de palos en Barlovento y tambores y viento verde por las calles y las plazas. He buscado por todos los rincones la máscara que calce mi rostro, sin encontrarla. Deambulo al bote de los cuerpos a caderazo limpio y los gritos y el canto. Tiene que estar allí en la oscuridad de los matorrales o en el laterío de cerveza desparramado por el pavimento. No puede ser una máscara como la otra, la que abandoné en casa. Tiene que ser ésta: risa apagada y el cabello cortado en dos como con una cuchilla. O ésta: de boca tan abierta como para pedir auxilio.

ENCUENTRO CON MAQROLL EN RODAS

A Álvaro Mutis, a quien este poema pertenece.

Nunca estuvo aquí. Así dicen casi todas las crónicas. Empecinado pregunté por él a los Caballeros de la Orden de San Juan en la Posada de España, primera en la Odós Ippóton. Buena razón me dieron aunque todavía se preguntaban en sus diversas lenguas los por qué de su nombre. Fui pues hasta el Hospital y abrí una puerta que daba al largo corredor de enfermos del segundo piso. Allí, los cuartos giraban alrededor del patio a la manera de un caravansary. No lo reconocí entre los soldados y caballeros que se retorcían o languidecían preñados por las heridas de la guerra o las pestes. Al fondo, en un bello patio protegido por almendros, y reservado, según me habían dicho, para los peregrinos alucinados por el sol, lo vi sentado en un escaño de madera. Reía salvaje y atronadoramente mirando con furia en dirección a los infieles. Pronto sintió mi presencia y volteó para mirarme. En sus ojos había un mar extraño y distante. Se incorporó y dijo: "No era aquí", y desapareció, devorado por los elementos.

ARMANDO ROMERO

(Cali, Colombia 1944). Perteneció al grupo inicial del nadaísmo en Cali. Viajó y residió en varios países de América, Europa y Asia, entre ellos México y Venezuela. En Grecia escribió su primera novela, *Un día entre las cruces* (1993) y el libro de poemas, *Cuatro Líneas* (2002). Entre sus libros figuran: Poesía: *El poeta de vidrio* (Caracas, 1976); *A rienda suelta* (Buenos Aires, 1991), *Hagion Oros- El Monte santo* (Caracas, 2001), *A vista del tiempo* (Medellín, 2005); Cuentos: *El demonio y su mano* (Caracas, 1975); *La casa de los vespertilos* (Caracas, 1982); *La esquina del movimiento* (Caracas, 1992); *La raíz de las bestias* (México, 2005); y las novelas: *Un día entre las cruces* (Bogotá, 1993); *La piel por la piel* (Caracas, 1997) y *La rueda de Chicago* (Bogotá, 2004). Esta novela ganó el Premio a la mejor novela de aventuras (Latino Book Festival, New York, 2005). Ha sido distinguido con el título de Charles Phelps Taft Professor de la Universidad de Cincinnati. En el 2008 recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Atenas, Grecia.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío. Antología poética 1947-2007*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en abril de 2009

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
11.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem